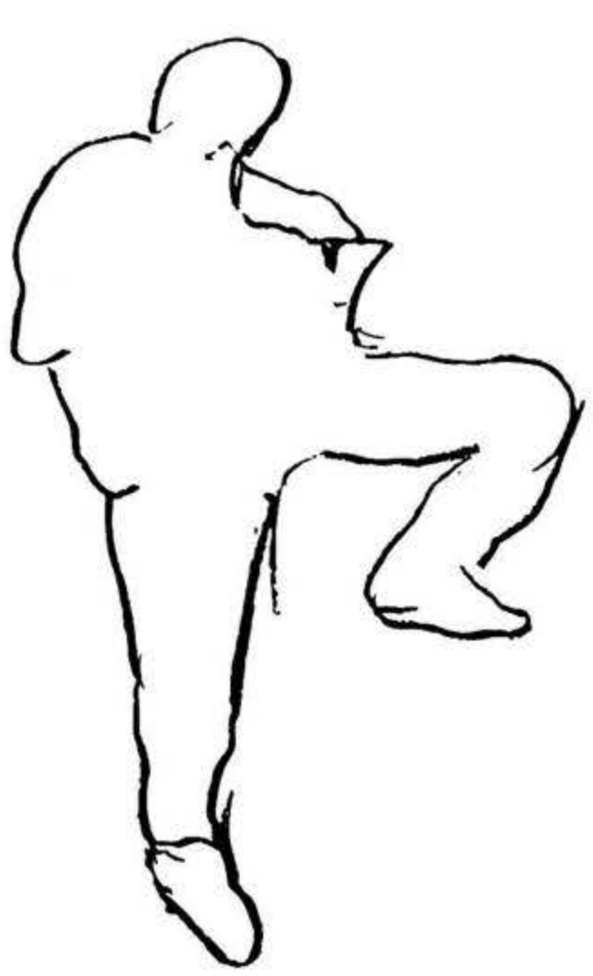
ro. Margaret Tharp es la amante de un pillo internacional, Guy, ausente frecuentemente del hogar, en "viaje de negocios". Un tercer personaje, Leonidas Ducas, también lo espera. Ella, para encontrar la seguridad de un orden vital doméstico alterado por la desaparición del amado; el otro, para aclarar cuentas de dinero. Con fino hilo de taxónomo, Hammett construye el andamiaje narrativo, cuyo único fin es colocarnos de frente a ese visitante, que para Margaret "más que un hombre parecía un ser fabuloso" (pág. 80).



La llegada del rufián parece poner fin a esa angustia femenina del hombre cuya dirección se ha extraviado. A través del desarrollo de la historia, Margaret descubre, de súbito, que vive realmente al lado de un asesino y un ladrón, y no de un "manos flojas" que ha robado una manzana en una tienda. Pero no le importa, porque es su hombre y con él construirá una vida por encima de todos los sobresaltos. Ingenua, desafía con su gesto una forma de vivir convencional: "Sus vecinos, propietarios de dóciles animales domésticos, la compadecían, o simulaban hacerlo, porque su hombre era una bestia errante a la que no se podía enjaular, porque no llevaba el insulso uniforme de la respetabilidad, porque no caminaba por caminos trillados y seguros" (pág. 64).

De una sola mirada entrevemos que ella tendrá la suficiente paciencia, toda la vida, para visitarlo en la cárcel, socorrerlo con dinero cuando el otro pierda el suyo jugando a las cartas, esperarlo en las largas noches mientras el marido se divierte en burdeles. Guy, a los ojos de su mujer, es un Atlas que sostiene el mundo. A los de los lectores, es un crudo patán que pronto cometerá otro nuevo crimen y un pobre diablo que ha engañado cínicamente a una mujer. Y entramos al corredor de la muerte...

La mujer del rufián es un relato vigoroso que bien podría llevar de epígrafe una frase de Macbeth: "¿Quién es el que no ha nacido de mujer? A ese es a quien he de temer, y a nadie más".

CARLOS SÁNCHEZ LOZANO

La generación de la diáspora contraataca

Fulanitos de tal, zutanitas de tul
Luis Aguilera
Planeta, Santafé de Bogotá,
1996, 341 págs.

Es bueno recordar de cuando en cuando que Colombia es la patria del que tal vez sea el mejor novelista del mundo; que es también el país tradicional de los buenos poetas; que aun antes de don Miguel Cané, la ciudad de Santafé era conocida como una Atenas sudamericana; que, como decía Alberto Lleras, en alguna época la poesía era el primer escalón de la vida pública y se podía llegar hasta la presidencia ascendiendo por una escalera de alejandrinos pareados.

La nuestra es una patria de escritores. Así estos no anden en casa sino en foráneas patrias. Sin querer aseverar que en casa de herrero hay por fuerza cuchillo de palo, ya parece que va siendo el momento de no poder ocultar una realidad inocultable: buena parte de la mejor literatura colombiana se está escribiendo en el extranjero. Ya va siendo hora de reconocer la importancia de esa *generación de la diáspora,* compuesta en buena parte por autores no muy jóvenes —casi todos tienen más de cuarenta y cinco años— lo que indica no tanto que se trata de talentos recién nacidos o de escritores tardíos, sino antes bien un pasado de largas y amargas luchas por darse a conocer. ¿Escritores tardíos? Para nada. En Colombia el tardío es el país.

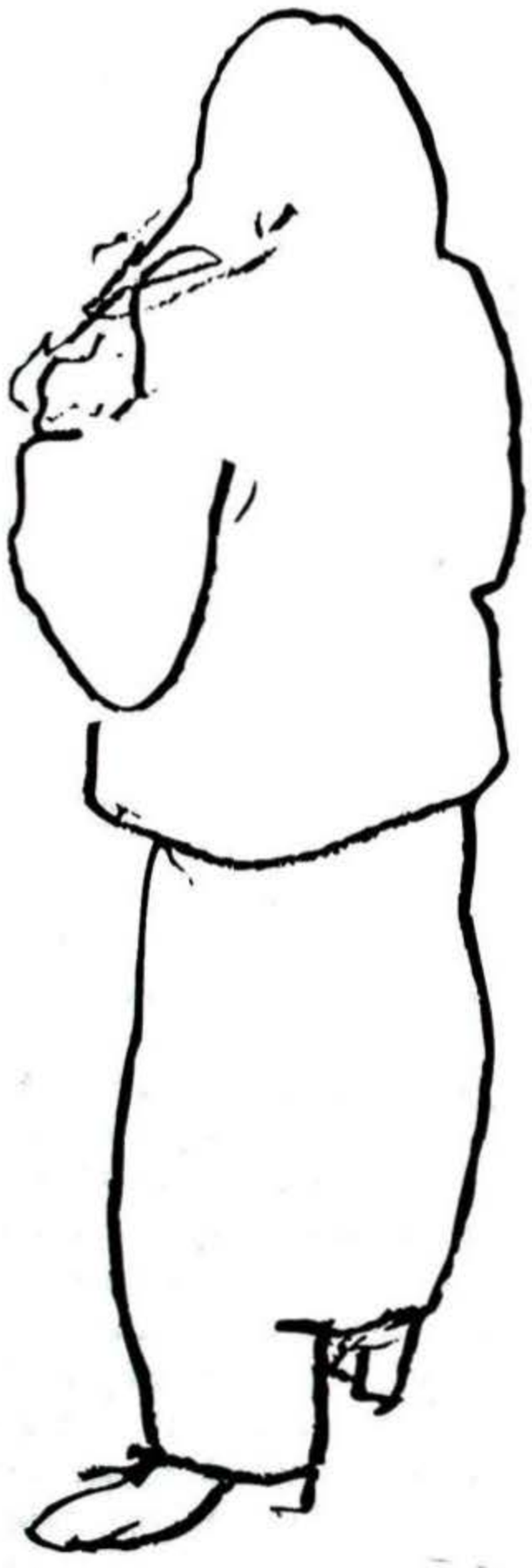
Creo imposible que en un futuro se pueda hablar de la literatura colombiana de finales del siglo XX sin referirse —tal vez en primer término— a esa generación accidental y accidentada. La realidad va cambiando y es difícil percibir qué es lo sustancial en medio de la hojarasca del presente. Colombia cuenta hoy con ciudades nuevas e inesperadas, que por cierto no son las menos pobladas: Jackson Heights en Nueva York, la misma Miami, capital de Latinoamérica... Sin temor a equivocarnos podemos decir que algunas de dichas ciudades están entre las diez más pobladas del país[1]. Y cada una de ellas tiene, como es claro, sus representantes literarios, que por lo general viven en mejores condiciones que los que se han quedado en su tierra natal. Citaré, pidiendo antes excusas por las muchas omisiones, a algunos de los más representativos escritores de esa diáspora. No menciono los de Nueva York, que son legión, y que ya han merecido más de una antología. En Miami está Luis Zalamea, en México están García Márquez, Álvaro Mutis, Aguilera Garramuño, Eduardo García Aguilar... y otros tantos; algunos andan o anduvieron por el Viejo Mundo: en España Ricardo Cano Gaviria, y hace un tiempo Moreno Durán y Óscar Collazos; en Alemania, el narrador Luis Fayad y los críticos Gutiérrez Girardot, Carlos Rincón y, últimamente, Rodrigo Zuleta, quien está derrochando desde hace un tiempo lucidez y originalidad en las páginas de este mismo Boletín.

No quiero decir que todo lo importante se esté hacienda afuera, sino que lo que se está haciendo afuera es importante, y muy importante. El alejamiento otorga cierto prestigio, y el salir del medio provinciano permite desarrollar capacidades que en medio del tráfago diario de la lucha por el pan rara vez se ven. A su vez hay menor dificultad de acceso a editores no mendicantes. Tampoco culpo a los editores nuestros, pero lo cierto es que si algún día tengo dinero para un nego-

cio, en lo último que pienso invertir es en una casa editorial.

* * *

Esta *generación de la diáspora* se caracteriza entre otras cosas por una amplitud en los temas tratados —fruto acaso de ese mismo alejarse de la provincia—. Maqroll el Gaviero parece ser el moderno héroe de esos escritores, vagabundo y carente de nacionalidad.



Uno de ellos escribe una novela sobre la muerte de Rivera, otro sobre la vida de Silva, pero también novelas sobre Flaubert o sobre Walter Benjamin. Otro, Luis Aguilera, un "orejón" de la Sabana de Bogotá perdido en el mapa, escribe felices páginas en el extremo occidental del Africa. No sé si sentarse a reflexionar al borde del ignoto poniente en las islas Canarias lleve necesariamente a la nostalgia. Recordemos que Dante, en plena Edad Media, arrastraba a Ulises lejos de Itaca para hacerle naufragar a la vista de las islas Canarias. Lo que sí puedo afirmar es que no deja de ser original que esa nostalgia evoque la sordidez de un burdel o de un juzgado de instrucción criminal en la lejana Santafé de Bogotá. Me parece más probable (y agradable) sentarse en un juzgado penal a escribir sobre las islas Canarias que en las islas Canarias a escribir sobre un juzgado criminal de la lejana y mezquina ciudad de los treinta y dos campanarios.

Debo a Óscar Torres Duque el dato de que el autor de esta novela es el mismo poeta que ya había sido incluido en la célebre antología crítica de la poesía colombiana de Andrés Holguín, por allá por 1974. Luego no es ningún novato en el mundo de las letras, cosa que por demás se desprende de su elaboradísimo estilo, pleno de escuela y de riguroso trabajo. No sé qué otras cosas haya escrito, pero destila oficio por todos lados.

Pues bien, de esta grata lectura hay que reconocer que la generación de la diáspora ha producido y sigue produciendo joyas literarias en cualquier parte del mundo, que resultan muy superiores a las pretendidas "joyas" que los españoles inventan cada semana, y que parecen fabricar un genio cada quince días, mientras dura en los escaparates la última novedad.

Debo confesar que inicié la lectura de esta novela con cierto desgano. La carátula no anuncia nada especial, incluso profetiza el mal gusto, pero la novela es bastante menos mala que lo que la carátula quiere insinuar. Imaginé, como tan a menudo, otro novelista de tal por cual. Es más, incrédulo, demoré un tanto la reseña: quería que la lectura se enfriara, que se aposentara. Luego de un examen concienzudo, e incluso de alguna relectura parcial, tengo que convenir, y de otra manera sería injusto, que se trata de una novela simplemente deliciosa. En todo caso eso no me dice mucho sino a mí. Y no es tarea nada fácil la de un acercamiento medianamente crítico. Es difícil apreciar los verdaderos méritos de una obra como esta. Tal vez tomándole aún mayor distancia, el tiempo dicte su veredicto. Lo que pasa es que el tiempo, siempre lo he creído, no es más que la lectura casual de algún crítico del futuro. De lo contrario, en este mundo comercial y de publicidad, nada garantiza que la mejor novela del mundo sea siquiera leída, mucho menos reconocida.

Es preciso percibir esta novela, única, dentro de su originalidad. Ese es su valor primario. Está dedicada a todos los fulanos, zutanos, menganos y perencejas de Bogotá, de Colombia, del mundo. Ya es cosa bien complicada meterse con tales faunos, porque historiar a pobres diablos puede ser tarea fructífera, pero es más difícil hacerlo agradable que a lo que sucede entre sedas y olanes. Es el mismo problema que veo en Vargas Llosa, un deslinde irreconciliable entre un lenguaje fino y una materia sórdida. Quien cree que historiar realidades mezquinas es bella cosa, que se puede escribir bien y ser aburrido, no produce más que un engendro informe que termina en prosa prosaica, prosa de garito y de burdel. Y simplemente se deja de paladear esas páginas, porque aunque hay mucha gente que escribe bien, hay pocos que aciertan a escribir bien sobre temas "bien". Tengo para mí que escritores tan agradables como Vargas Llosa fracasan esencialmente por regodearse entre lo sórdido y mezquino, habiendo temas más dignos de tan buena pluma. El mismo Macondo, mirado desde un punto de vista realista, no pasaría de ser una aldea maloliente, malsana y miserable, perdida en medio del Magdalena. Pero García Márquez ve todo lo que no es mezquindad y sordidez en ella y nos lo hace ver, todo lo contrario de lo que sucede en novelas como *La ciudad y los perros*. Y es que no se puede novelar lo innovelable, los intersticios, las idas al baño, las conversaciones anodinas. Y la de Aguilera es una novela sórdida y terriblemente realista. Ni siquiera nos muestra una Bogotá idealizada, sino urbanamente sucia y contaminada y, lo que es peor, digna de sus habitantes, pobres seres apestosamente reducidos, pigmeos sucios y desamparados, víctimas del medio pero también del amor: "Así es el amor, ni más ni menos: un extraordinario prestidigitador que nos hace ver seres perfectos donde sólo hay el detritus de sus carencias y defectos".

* * *

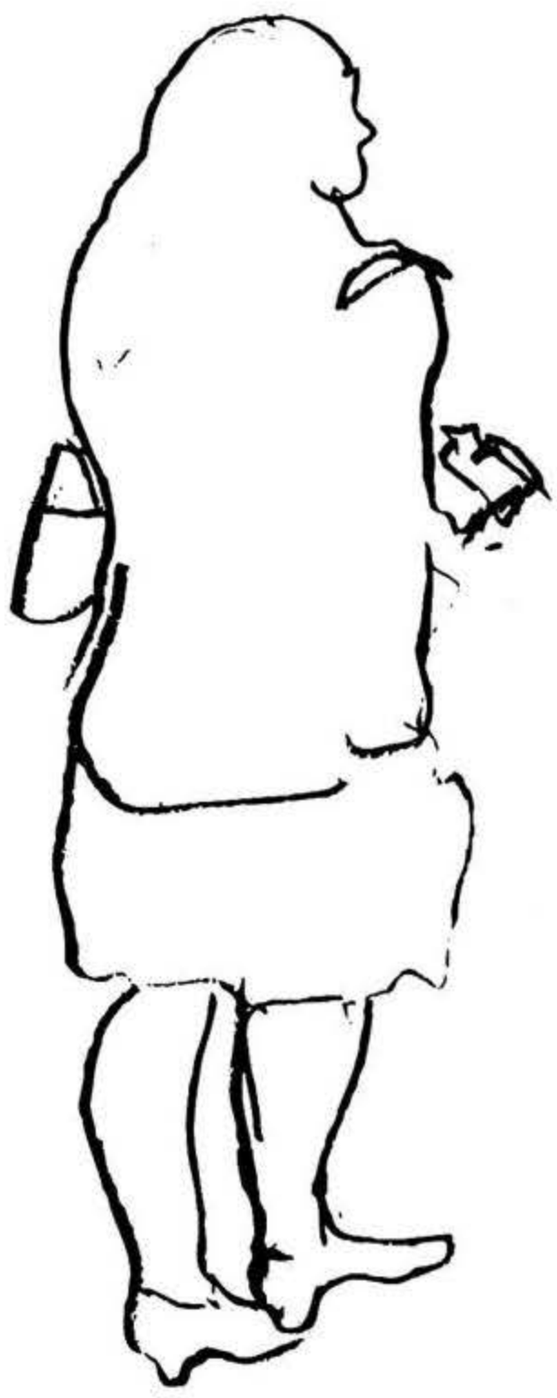
Ahora bien, creo que uno escribe no sólo para conjurar fantasmas, sino para mejorar su realidad. Si usted vive en las

Canarias podríamos decirle, como en la novela de Andrés Hoyos, que no se moleste alborotando sus espectros juveniles y que conviene a los felices permanecer en casa. Sin embargo, el escritor se aventura a hacerlo y nos cuenta su saga mezquina. Pero entonces sucede el milagro, el mismo milagro que ha salvado a las cuatro o cinco buenas novelas bogotanas: el humor. El humor que le da presencia y consistencia humanas a este melodrama, que deja esbozar una sonrisa en la comisura de los labios de los protagonistas y que nos los hace tremendamente interesantes.

No tengo nada contra las zutanitas de tul. Por el contrario, creo mucho más fácil encontrar virtudes humanas en ellas que en ciertas damas encopetadas. Creo que si el más antiguo trabajo en la tierra no estuviera degradado por el alcohol y las drogas que una malvada convención le asigna, sería una profesión noble y digna y, por supuesto, literaria. "La casa perfecta para un escritor es un burdel, pues en las horas de la mañana hay mucha calma y en cambio en las noches hay fiesta", decía Faulkner. Y como diría García Márquez, "no se le ocurrió un lugar más digno para vivir que aquel hotel de perdularias tiernas". No en vano Faulkner y García Márquez nutrieron lo mejor de su inspiración en medio del lenocinio.

Y esta novela es una crónica de esos dos mundos: el de los juzgados y del de la prostitución, tan ligados a menudo entre sí. El libro se va empapando de sordidez; se dijera que la nostalgia del Candilejas, junto con lo que, en sus propias palabras, el autor llama "el óxido de la edad tardía" y que nos trae reminiscencias de Luis Landero, el espléndido novelista de *Juegos de la edad tardía,* tenía que expresarse de alguna manera o se iba a enconar en el alma de un escritor que se nutre también en los nuevos escritores españoles.

No obstante, esta es una novela hecha por y para bogotanos. ¿Por qué? Porque tiene un aliento parroquial inconfundible que tal vez la haga difícil en España, aunque conozco extranjeros que han disfrutado a rabiar el *Sin remedio* de Antonio Caballero, con el cual guarda algunas semejanzas, o a argentinos que no se cansan de leer a Daniel Samper Pizano. En fin, qué le vamos a hacer, lo que ocurra en los cerros de Ubeda quizá no nos concierna ni interese en estos trópicos, pero ser provincia no deja de ser provincia...



Retornemos al estilo. La novela tiene una construcción muy particular en medio de un vocabulario amplio, más conceptista que culterano. Vemos "alcoholes que aguardan en la vejiga de una botella", o "los acentos circunflejos de sus espesas cejas", o bien "pelos alámbricos que le ajardinaban los pabellones de las orejas, apéndices estos también puestos en mayúsculas". Pero no todo el libro es así. Y si bien al comienzo parece flaquear un poco, poco a poco va entrando en calor y nos va deparando sorpresas agradables, tanto que hacia la mitad de la novela el juego argumental está completamente agotado, pero no importa, no se trata de eso. Como dice el propio autor, "cada quien ve lo que quiere que vea su encantamiento".

Sigo convencido de que el crimen es el mejor —si no el único— tema digno de la literatura. El primer protagonista, que responde al nombre de Domingo Lunes, es asesinado en un crimen que parece haber sido cometido por Terminator y que por lo demás nunca será resuelto. La anécdota policíaca no es gran cosa. Es apenas un *alibi*; esto es, un crimen es la disculpa para hablar de putas o de los Sherlock Holmes criollos. La novela termina siendo una crónica de lupanar, en todo el sentido de la palabra. ¡Qué curioso el origen de varias palabras que tienen que ver con el tema! Por ejemplo, lupanar. Ovidio habla en su *Ars amandi* de las "lobas que acechan escondidas en la noche". Pero lo más interesante es que los prostíbulos se construían fuera de las puertas de la ciudad, en donde abundaban los lobos. De ahí el título de lupanares. O las rameras, que se distinguían en la ciudad antigua porque ponían a la puerta de sus casas unas ramitas de laurel, para distinguirse, por supuesto.

Pero la novela es hermosa, y tiene poesía, si no en los detalles, sí en el conjunto. Por momentos prima la vulgaridad, una vulgaridad de corte muy realista, como si se tratara de instalar un micrófono en un burdel. Hacia el final, los protagonistas comienzan a hablar en el mismo tono docto del autor. Pero se va volviendo un canto de amor a las mujeres de vida pública a la vez que nos instruye y nos deja duchos en la vida de burdel, que nos es mostrada con tal prolijidad, que se diría que el autor es un experto en el tema. Habría que colegir, si fuéramos malas lenguas, que tiene gran imaginación o que ha estado alguna vez metido en el negocio.

Esta es una novela con rincones, remansos de agradable literatura, mejor en la segunda que en la primera parte. Y si al principio hubo dudas, en mi caso terminó primando la admiración. Si por algo peca, en el intento de encontrarle peros, es por exceso, cosa que apenas caería como crítica afectuosa. Porque hay otra riqueza en este libro: las sentencias, muchas de ellas de sabor popular. Mujeres que desgranan reflexiones acerca del puterío mientras pelan papas: "Cuando un hombre venga y le pague el ratico, Cristalita, no se sienta cohibida mi amorcita. Es porque lo necesita. Si fuera por mero gusto, lo haría con su mujer que no cobra... Es que uno suple lo que las remilgadas niegan". Renglón seguido, más exactamente en la página 293, elaboran un magnífico

decálogo de la ramera, por ejemplo: "En todo hombre hay un niño. Primero cóbrele al hombre y endespuecito juéguele al niño". "En boquita cerrada no entran enfermedades", y otras que la decencia obliga a callar.

El humor, el amor y el desamor. La soledad final. "En el fondo la soledad es la mayor pobreza a la que puede llegar un hombre. El que recibe una caricia, una palabra de afecto, nunca será pobre del todo".

Y una moraleja:

—Es lo único que se aprende con los años, estimado señor: alguien da una patada en Siberia y uno la recibe en el trasero.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

---

[1] Debo al doctor Abraham Lechter el dato, que no he podido comprobar, de que hoy por hoy la segunda ciudad colombiana, en lo que a población se refiere, es Cali... La despoblación de Medellín, en todo caso, es notoria, en parte por esa otra diáspora de antioqueños que han marchado a otras zonas del país, en parte por falta de espacio para su crecimiento. No es aventurado pensar que en cien años la mayor ciudad de Antioquia será Rionegro.

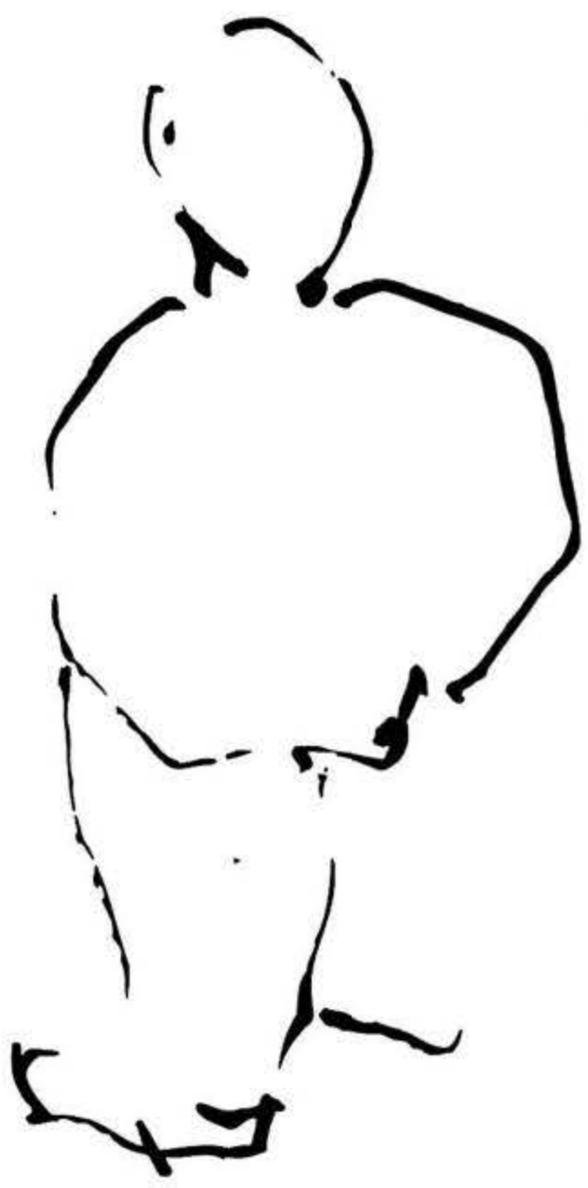
Nuevas apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano

Fulanitos de tal, zutanitas de tul
Luis Aguilera
Planeta, Santafé de Bogotá,
1996, 341 págs.

Después de haber leído algunas páginas de la reciente novela de Luis Aguilera —*Fulanitos de tal, zutanitas de tul*— es casi inevitable recordar cierto episodio del *Juan de Mairena* de Antonio Machado. En el episodio en cuestión, Mairena le pide a uno de sus discípulos escribir la siguiente frase en la pizarra:

"Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rua".

Luego Mairena le dice a su alumna que escriba lo mismo en lenguaje poético para darse finalmente por satisfecho con un escueto "lo que pasa en la calle". Este episodio seguramente iba dirigido contra el barroquismo de algunos poetas de la época de Machado —empezando por los miembros de la Generación del 27— que andaban por el mundo en busca de metáforas asombrosas e inéditas. Contra ellos, Machado defendía la idea de que el trabajo literario consistía, ante todo, en la búsqueda de la sencillez.



Aguilera, a diferencia de Machado, no parece creer en la sencillez ni en la expresión escueta. Así, por ejemplo, para decir que alguien no gritó prefiere asegurar que alguien no abrió "la caja estridente de sus gritos" (pág. 7). Más adelante, en lugar de hablar de "las armas homicidas", habla de "la siempre macabra mercancía con que los descendientes de Caín se aplican a quitar prójimo de en medio" (pág. 20).

No es que la estética que predicaba Machado, a través de Juan de Mairena, tenga validez universal y absoluta. El barroquismo —o, mejor, el barroco— puede ser válido siempre y cuando abra nuevos sentidos a las palabras y de esta manera supere el simple malabarismo verbal para convertirse en una suerte de alquimismo. En el caso de Aguilera, sin embargo, es imposible ver un enriquecimiento del sentido de las palabras cuando, por ejemplo, en lugar de decir que los testigos no oyeron nada dice que "los figurantes accidentales del caso son unánimes al señalar que no escucharon prolegómeno alguno de gritos, taços o amenazas" (pág. 14).

Incluso, tratándose de una novela policial —como es el caso de la novela de Aguilera— puede decirse que estos rebuscamientos verbales tienden a molestar al lector y a desviarlo del posible interés por la trama, que es lo que suele ser el principal atractivo de una novela policial. Sin embargo, puede pensarse que el barroquismo rimbombante de *Fulanitos de tal, zutanitas de tul*, tiene un sentido. Un sentido paródico. A medida que se avanza en la lectura, y se van encontrando joyas como las ya citadas, llega un momento en que ya resulta imposible descartar la posibilidad de que el narrador no esté hablando en serio sino impostando la voz para burlarse de alguien a través del remedo grotesco.

Aguilera usa, por momentos, un lenguaje rimbombante para describir una realidad que se enmascara detrás de falsas galas. No sólo el lenguaje es retorcido en esta novela. Todo es retorcido. Los motivos de los personajes, sus destinos, incluso el desarrollo de la investigación propiamente policíaca en la que cada cual termina averiguando más cosas sobre sí mismo que sobre el caso que pretende investigar.

A diferencia de la mayoría de las novelas policiales en las que ocurre un crimen y luego aparece alguien —bien sea un policía o un detective privado— que se entrega a la investigación como un asunto de rutina, en esta novela se requieren un montón de azares y de coincidencias para que se dé, siquiera, el comienzo de una investigación. Los dos investigadores son típicos antihéroes. De un lado Julián Bolaños, un juez alcohólico que empieza a interesarse por el caso de la misteriosa desaparición de Domingo Lunes sólo porque su jefe quiere echarlo a la calle y le da treinta días para que solucione ese caso que hubiera podido ser cualquier otro. Del otro lado Emilio Cuervo, el jefe del laboratorio de fotografía de la policía, un tipo lleno de complejos y frustraciones de toda índole cuya única actividad sexual es, desde hace años,